

LECTIO DIVINA

30 de noviembre 2025

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

Oremos por las vocaciones sacerdotales, especialmente para los Scalabrinianos.

Is 2,1-5 Sal 121

Rom 13,11-14

Mt 24,37-44

Hoy comenzamos nuestro camino de Adviento. Durante los próximos días, paso a paso, prepararemos el camino para que Jesús venga a nuestro encuentro y podamos reconocerlo y acogerlo cuando llegue. La Palabra de Dios que escucharemos en estos días nos ayudará a guiar este camino. La liturgia de este primer domingo de Adviento nos dice: «*Velen*», «*Estén alerta*», «*No se dejen llevar por el sueño*». Sería trágico si, por complacencia, negligencia, indiferencia o distracción, perdiéramos la oportunidad de acoger a Aquel que viene a liberar el mundo y a dar un nuevo dinamismo a la historia de la humanidad.

En la primera lectura, el profeta Isaías nos comparte su sueño de paz universal y comunión fraterna entre todos los pueblos y naciones. ¿Es esta una utopía ingenua e imposible? Es una promesa de Dios; y las promesas de Dios no suelen caer en saco roto. Jesús, cuyo nacimiento celebraremos al final del Adviento, fue enviado por Dios para encontrarnos y cumplir esta promesa.

En la segunda lectura, Pablo de Tarso advierte a los cristianos de Roma —y a los cristianos de todos los tiempos y lugares— que el tiempo pasa y que se acerca el día de nuestra liberación definitiva. Por lo tanto, es hora de abandonar las “obras de las tinieblas” y revestirnos de las “armaduras de la luz”. El Señor Jesús viene; debemos estar preparados para el encuentro con él.

El Evangelio nos trae parte de un discurso de Jesús pronunciado ante sus discípulos en el Monte de los Olivos, unos días antes de su pasión y muerte. La indicación que Jesús deja es clara: “Velen, estén siempre preparados, no se dejen distraer por trivialidades, vivan atentos a los desafíos que Dios les presenta, no olviden la Buena Nueva que les propuse, miren con amor y misericordia a los hermanos y hermanas que caminan a su lado, esfuércense en todo momento por construir un mundo más justo, más humano y más feliz”. Para los discípulos de Jesús, la apatía, la pereza, la indiferencia y el conformismo no son opciones.

Isaías 2, 1-5

Visión de Isaías, hijo de Amós, acerca de Judá y Jerusalén:

En días futuros, el monte de la casa del Señor será elevado en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas, y hacia él confluirán todas las naciones.

Acudirán pueblos numerosos, que dirán: “Vengan, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob, para que él nos instruya en sus caminos y podamos marchar por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, de Jerusalén, la palabra del Señor”.

Él será el árbitro de las naciones y el juez de pueblos numerosos.

De las espadas forjarán arados y de las lanzas, podaderas;

ya no alzarán la espada pueblo contra pueblo, ya no se adiestrarán para la guerra.

*¡Casa de Jacob, en marcha! Caminemos a la luz del Señor. **Palabra de Dios***

CONTEXTO

El profeta Isaías (autor de los capítulos 1-39 del Libro de Isaías) nació alrededor del año 760 a. C., durante el reinado del rey Uzías. De noble origen, parece haber vivido en Jerusalén.

Isaías sintió el llamado de Dios a la vocación profética cuando tenía unos veinte años. También sabemos que se casó y tuvo hijos. Desconocemos el nombre de su esposa, conocida simplemente como «la profetisa» (Isaías 8:3). Sin embargo, sus hijos recibieron nombres simbólicos: *Shear Yashub* («un

remanente volverá» – Isaías 7:3) y *Maher Shalal Hash Baz* («toma el botín, arrebató la presa» – Isaías 8:3). En este detalle, Isaías se identifica con el profeta Oseas: toda su existencia, incluida su vida familiar, está al servicio del mensaje que Dios le confía.

El carácter de Isaías se comprende plenamente a través de su obra. Es un hombre decidido, sin falsa modestia, que se ofrece voluntariamente a Dios en el momento de su vocación. Sin duda, se encuentra entre las figuras más notables del país: participa en las decisiones del Reino, hablando con autoridad ante los altos funcionarios (cf. Is 22,15) e incluso ante los reyes (Is 7,10). Es enérgico y nunca se deja desanimar. Es enemigo de la anarquía (cf. Is 3,1-9); pero esto no significa que apoye a las clases altas. De hecho, sus mayores ataques se dirigen a los grupos dominantes: autoridades, jueces, terratenientes, políticos. Es duro e irónico con las mujeres de la clase alta de Jerusalén (cf. Is 3,16-24; 32,9-14). Defiende con pasión a los oprimidos, los huérfanos, las viudas (cf. Is 1,17), al pueblo explotado y extraviado por los gobernantes (cf. Is 3,12-15).

Los últimos oráculos de Isaías datan del 701 o quizás del 689 a. C., época en la que el rey asirio Senaquerib invadió Judá y sitió Jerusalén. Isaías debió morir unos años después, aunque no sabemos exactamente cuándo. Un texto apócrifo judío del siglo I d. C., «*La Ascensión de Isaías*», afirma que fue asesinado por el malvado rey Manasés.

El texto de Isaías 2:2-4 se encuentra, con algunas variaciones y un añadido, en Miqueas 4:1-3, lo que parece favorecer la hipótesis de una fuente común, anterior a Isaías y Miqueas, de la que se habrían inspirado los redactores de ambos libros (aunque algunos argumentan, de forma más sencilla, que el texto original es de Isaías y que Miqueas solo lo reprodujo con ligeras variaciones).

Por su contenido, es probable que se trate de un oráculo inspirado en los grandes flujos de peregrinos que, durante las festividades, ascienden a Jerusalén. Imaginemos, hipotéticamente, que el poeta contempla, desde el Monte Sión, la llegada de caravanas que peregrinan para celebrar una fiesta popular, por ejemplo, la Fiesta de los Tabernáculos. Observa que estas caravanas provienen de todas partes del territorio habitado por el Pueblo de Dios; las ve converger en la ciudad santa, ascender la colina hacia el Templo donde reside Dios; al acercarse, el poeta oye claramente los cantos de ascensión con los que los peregrinos saludan al Señor y piden paz para Jerusalén y toda la nación. De repente, en la imaginación del poeta, la escena se transforma: ve, en un futuro sin fecha definida, una multitud de pueblos de todas las razas y naciones que, atraídos por Yahvé, se encaminan hacia la salvación de Dios. Probablemente sea un «sueño» como este el que da origen a este oráculo escatológico. Nos encontramos ante uno de los oráculos más inspirados y bellos de todo el Antiguo Testamento.

MENSAJE

En la visión del profeta, el «monte del Señor» (el monte sobre el que se erige el Templo de Jerusalén, el lugar donde Dios mora en medio de su pueblo) se alza y se convierte en el centro del mundo, destacando entre todos los montes, no por ser el más alto, sino por ser la morada de Yahvé (v. 2a, 2b). Caravanas de pueblos y naciones llegan de todas partes, convergiendo en la ciudad santa y subiendo al monte para encontrarse con el Señor (v. 2c-3a)... ¿Quién convocó a todo este pueblo? ¿Qué fuerza los atrae?

La respuesta está en el mismo cántico que acompaña el viaje de todo este pueblo: «*Vengan, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob, para que él nos instruya en sus caminos y podamos marchar por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, de Jerusalén, la palabra del Señor*» (v. 3). Todos los que llegan son atraídos por Yahvé y el poder irresistible de Su Palabra; desean conocer la enseñanza (la Torá, la Ley de Dios) y ser instruidos en los caminos de Dios. La Palabra salvadora y liberadora de Yahvé atrae y cautiva a todos los pueblos, impulsándolos a un movimiento único y universal, uniéndolos en torno al mismo Dios, el soberano universal.

Al reunirse todos en torno a Dios, escuchar Su Palabra y aprender Sus caminos, las divisiones, hostilidades y conflictos que dividen a los pueblos comienzan a desvanecerse. Primero, todos aceptan el arbitraje justo y pacífico de Dios (v. 4a); luego, comprenden que las armas son innecesarias: las máquinas de guerra se transforman en instrumentos pacíficos de trabajo y comienzan a servir para cultivar la tierra

(v. 4). Del encuentro con Dios y Su Palabra, surgen la armonía, el progreso, el entendimiento entre los pueblos, la vida abundante y la paz universal.

Este escenario es el reverso de Babel... En la historia de la Torre de Babel (cf. Gn 11,1-9), los hombres optaron por la confrontación con Dios, el orgullo y la autosuficiencia; esto condujo a la división, el conflicto, la confusión, la incomprensión y la dispersión... Ahora, los hombres han optado por escuchar a Dios y seguir los caminos que Él les ha indicado; el resultado es la reunificación de todos los pueblos, la comprensión, la armonía, el progreso y la paz universal.

¿Cuándo, finalmente, se hará realidad esta magnífica utopía de paz universal y comunión fraterna entre todos los pueblos y naciones?

ACTUALIZACION

* La utopía imaginada por el profeta Isaías comienza a realizarse en Jesús. Él es la Palabra viva de Dios, que se hizo carne y habitó entre nosotros (cf. Jn 1,14) para traer la paz a los hombres amados por Dios (cf. Lc 2,14). De la escucha de esta Palabra nace la comunidad universal de salvación, animada por el Espíritu y abierta a todos los pueblos de la tierra (cf. Hch 2,5-11). Si bien es cierto que esta historia de salvación lleva la marca de la iniciativa divina, también es cierto que el hombre debe responder positivamente a la acción de Dios: el profeta alude a personas de todos los lugares que, respondiendo a la llamada de Dios, emprenden un viaje hacia el monte del Señor. Sí, Dios llama; pero quienes escuchan esta llamada deben abandonar la vida cómoda en la que se encuentran y salir al encuentro de Dios, dispuestos a acoger la Palabra de Dios y dejarse transformar por ella. Apenas estamos comenzando nuestro camino de Adviento. El camino que nos espera estos días nos lleva al encuentro con Jesús. ¿Estamos dispuestos a dejar atrás nuestras certezas, nuestras seguridades, nuestras comodidades, nuestros viejos hábitos y prejuicios para ir al encuentro de Jesús? ¿Estamos dispuestos a acoger a Jesús en nuestras vidas, a escuchar su Palabra, a adherirnos a esta propuesta de vida que Jesús vino a hacernos? ¿Qué nos proponemos hacer, en este camino de Adviento, para que en nuestros corazones y en nuestras vidas haya espacio para Jesús?

Lo cierto es que, más de dos mil años después de Jesús, la utopía soñada por el profeta Isaías parece absurdamente lejana... La historia de la humanidad sigue estando manchada por la violencia, el odio y el derramamiento de sangre; la humanidad sigue recurriendo a la guerra y al conflicto para resolver disputas; la ambición de los grandes del mundo sigue enfrentando a las naciones entre sí; el diálogo entre las naciones y los acuerdos de paz parecen, a menudo, contaminados por un cinismo atroz; la injusticia y la explotación siguen aumentando, a cada instante, el número de hombres y mujeres condenados a una vida sin sentido y sin esperanza; millones y millones de hombres y mujeres siguen siendo marginados de la historia cada día y abandonados al margen del camino que recorre la humanidad... ¿Fracasó Jesús, o somos nosotros quienes nos negamos a escuchar la guía que vino a darnos? ¿Qué impide o dificulta la llegada de este mundo de justicia y paz que anunció Isaías? ¿Cuál es nuestra responsabilidad personal en el aplazamiento de este nuevo mundo de paz, justicia y fraternidad? ¿Qué podemos hacer para hacer realidad el sueño de Isaías, el sueño de todas las personas de buena voluntad?

Salmo 121

R. Vayamos con alegría al encuentro del Señor.

¡Qué alegría sentí, cuando me dijeron:
“Vayamos a la casa del Señor”!

Y hoy estamos aquí, Jerusalén,
jubilosos, delante de tus puertas.

R. Vayamos con alegría al encuentro del Señor.

A ti, Jerusalén, suben las tribus,
las tribus del Señor,
según lo que a Israel se le ha ordenado,
para alabar el nombre del Señor.

R. Vayamos con alegría al encuentro del Señor.

Digan de todo corazón: “Jerusalén,
que haya paz entre aquellos que te aman,
que haya paz dentro de tus murallas
y que reine la paz en cada casa.”

R. Vayamos con alegría al encuentro del Señor.

Por el amor que tengo a mis hermanos,
voy a decir: “La paz esté contigo”.
Y por la casa del Señor, mi Dios,
pediré para ti todos los bienes.

R. Vayamos con alegría al encuentro del Señor.

Romanos 13, 11-14a

Hermanos: Tomen en cuenta el momento en que vivimos. Ya es hora de que se despierten del sueño, porque ahora nuestra salvación está más cerca que cuando empezamos a creer. La noche está avanzada y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas y revistámonos con las armas de la luz. Comportémonos honestamente, como se hace en pleno día. Nada de comilonas ni borracheras, nada de lujurias ni desenfrenos, nada de pleitos ni envidias. Revístanse más bien, de nuestro Señor Jesucristo y que el cuidado de su cuerpo no dé ocasión a los malos deseos. Palabra de Dios.

CONTEXTO

Roma, la capital del imperio, era, en tiempos de Pablo, una ciudad con cerca de un millón de habitantes. Esta cifra incluía a unos 50.000 judíos.

El origen de la comunidad cristiana en Roma no se conoce con detalle. Es probable que el cristianismo llegara a Roma traído por judíos palestinos convertidos a Cristo. Una antigua tradición afirma que fue Pedro quien proclamó el Evangelio en Roma, alrededor del año 42, y que su predicación dio lugar a una floreciente comunidad cristiana. Sin embargo, esta información no es segura. Pablo, en la carta que escribe a los cristianos de Roma, no hace ninguna referencia a él.

Pablo decide escribir a los cristianos de la comunidad romana cuando está a punto de finalizar su tercer viaje misionero. Se prepara para regresar a Palestina, donde entregará las donaciones recaudadas en varias iglesias de Oriente, destinadas a ayudar económicamente a los cristianos de Jerusalén. Sin embargo, siente que ha concluido su misión en el Mediterráneo oriental, ya que las iglesias que fundó y acompañó están organizadas y ahora pueden funcionar de forma independiente. Planea viajar al oeste, e incluso considera ir a España para predicar el Evangelio (cf. Rm 15,24-28).

En su carta a los cristianos de Roma, Pablo aprovecha la oportunidad para establecer vínculos con ellos y presentar los principales problemas que le preocupan, entre los que destaca la cuestión de la unidad (un problema que la comunidad cristiana de Roma, afectada por las dificultades en la relación entre judeocristianos y paganos cristianos, conocía bien). Con serenidad y claridad, evitando cualquier polémica, explica los puntos principales del Evangelio que proclama. La Carta a los Romanos es una especie de resumen de la teología paulina. Esto ocurre en el año 57 o 58.

En la primera parte de la Carta (cf. Rm 1,18-11,36), Pablo señala a los cristianos divididos que el Evangelio es la fuerza que une y salva a todo creyente, sin distinción de judío, griego o romano. Aunque el pecado es una realidad universal que afecta a todas las personas (cf. Rm 1,18-3,20), la «justicia de Dios» da vida a todos, sin distinción (cf. Rm 3,1-5,11); y es en Jesucristo que esta vida se comunica y transforma a la humanidad (cf. Rm 5,12-8,39). Bautizado en Cristo, el cristiano muere al pecado y nace a una nueva vida. Es guiado por el Espíritu y se convierte en hijo de Dios; liberado del pecado y de la muerte, produce frutos de santificación y camina hacia la vida eterna. En la segunda parte de la carta (cf. Rm 12,1-15,13), Pablo, de forma muy práctica, exhorta a los cristianos a vivir según el Evangelio de Jesús.

El texto que se nos propone hoy pertenece a la segunda parte de la carta. Después de exhortar a los cristianos pertenecientes a la comunidad de Roma al amor mutuo (cf. Rm 13,8-10), Pablo les deja una recomendación sobre cómo esperar la venida del Señor.

MENSAJE

Cuando Jesús dejó el mundo y regresó a la gloria del Padre, comenzó la fase final de la historia de la salvación. Este es el «*tiempo de la Iglesia*», el tiempo en que los discípulos de Jesús, guiados por el Espíritu, recorren la historia y dan testimonio al mundo de la salvación de Dios. Esta fase concluirá con la venida de Cristo al final de los tiempos. Sin embargo, ¿cómo deben vivir los discípulos de Jesús hasta entonces? ¿Qué actitud deben tener mientras esperan la venida del Señor?

Pablo recuerda a los cristianos de Roma —y a los cristianos de todos los tiempos y lugares— que el tiempo pasa y que, cada día, se acercan más al encuentro definitivo con Dios (v. 11). También dice: «*La noche está avanzada y se acerca el día.*» (v. 12). Pablo probablemente pensaba en la venida más o menos inminente de Jesucristo para concluir la historia de la salvación; sin embargo, la ausencia de especulaciones apocalípticas muestra claramente que el interés de Pablo no reside en el «cuándo» ni en el «cómo», sino en el significado y las consecuencias de esta venida.

Desde la perspectiva de Pablo, lo fundamental es que los discípulos de Jesús no se duerman. "Dormir", en la comprensión de Pablo, significa acomodarse a una vida que contradice los valores del Evangelio; significa acomodarse a la mediocridad, anclando la existencia en valores que no dan pleno sentido a la vida. El apóstol habla específicamente de "*comilonas, borracheras*", "*lujurias desenfrenadas, pleitos, envidias*" (v. 13). Esto, para Pablo, es "*vivir en tinieblas*".

El cristiano, sin embargo, al elegir a Jesús, abandona las obras de las tinieblas. Su horizonte se transforma; nace a una nueva realidad, a una nueva vida, libre del egoísmo y del pecado. Se reviste de Cristo e, iluminado por Él, vive en la fe, el amor, el servicio y el perdón, dando testimonio de la vida de Dios en medio de sus hermanos (v. 14). Ahora se identifica con Cristo y es un hombre nuevo. Vive en la luz. Se mantiene despierto, alerta, vigilante, para no caer de nuevo en la oscuridad. Camina hacia Cristo, con la mirada puesta en la vida venidera. Tiene claro adónde vas y no se deja tentar por caminos que no llevan a ninguna parte. Así es como los creyentes esperan al Señor que viene.

ACTUALIZACION

+ El apóstol Pablo deja a los cristianos de Roma con varias recomendaciones para su camino... En una de ellas, les pide que abandonen las obras de las tinieblas y se pongan las armas de la luz. Las sugerencias de Pablo siguen vigentes, veinte siglos después. En el siglo XXI, varios nubarrones se ciernen sobre el mundo, amenazando nuestras vidas y poniendo en peligro nuestro futuro. Recurrimos a la guerra para resolver conflictos y diferencias entre las personas; seguimos produciendo armas de destrucción masiva para garantizar la paz; explotamos la naturaleza hasta límites imposibles, degradamos el medio ambiente y ponemos en peligro la sostenibilidad del planeta; multiplicamos las estructuras que producen mentiras, injusticia, explotación, opresión, sufrimiento y muerte; alimentamos visiones egoístas de la vida y dejamos atrás, abandonados al margen del camino que recorre la humanidad, a los más frágiles, los más necesitados, los más pobres... ¿De verdad queremos seguir construyendo una historia donde las obras de las tinieblas tengan una influencia tan preponderante? ¿Nos sentimos, de alguna manera, responsables del poder que las "obras de las tinieblas" ejercen en nuestro mundo y en el destino de tantos hombres y mujeres? Por nuestra parte, ¿qué podemos hacer para que las "obras de las tinieblas" no lleven a la humanidad a un callejón sin salida?

+ Pablo, en el contexto de "*abandonar las obras de las tinieblas*", también nos advierte sobre nuestro estilo de vida, nuestros valores, los "dioses" que ponemos en el centro de nuestras vidas, las cosas a las que damos prioridad... Nos pide, por ejemplo, que evitemos "*comilonas, borracheras*", "*lujurias desenfrenadas, pleitos, envidias*". Está convencido de que todo esto es incompatible con vivir "en Cristo". Cuando alguien elige a Jesús y se convierte en su discípulo —Pablo lo llama "revestirse de Cristo"—, se distancia de todo lo que contradice la sencillez, la integridad y la verdad del Evangelio. En nuestra vida personal, ¿practicamos las "obras de la luz"? ¿Cuáles son nuestras prioridades, los valores fundamentales que fundamentan nuestra existencia? ¿Es nuestro estilo de vida personal compatible con las exigencias del Evangelio que Jesús nos dejó?

+ Quizás seamos personas generosas, de buena intención y buena voluntad, que hemos acogido la llamada de Jesús y hemos elegido abrazar el proyecto que Él vino a presentar a la humanidad... Sin embargo, por muy verdadera y sincera que haya sido nuestra adhesión a Jesús, debemos redescubrirnos a cada paso con esta elección inicial. Con el paso del tiempo, con la monotonía, con el cansancio de la vida, con la pereza que siempre acecha, tenemos una tendencia natural a "dormirnos", a caer en la complacencia, la pasividad, la inercia. Entonces, dejamos que las cosas sigan su curso y nuestro compromiso con Jesús y el Evangelio se desvanece. Es una tendencia natural que debemos contrarrestar. Por eso Pablo nos dice: "¡Despierten! Renueven su entusiasmo por los valores del Evangelio; es necesario estar preparados,

-siempre preparados-, para recibir al Señor que viene". ¿Permanecemos atentos, despiertos, vigilantes, para que nuestras vidas sean coherentes con los compromisos que hemos asumido como discípulos de Jesús?

+Pablo, con los pies en la tierra, reconoce las sombras que cubren el mundo. Sin embargo, su mirada sobre la historia de la humanidad es de esperanza: «¡El Señor viene! La noche está avanzada, el día está cerca». Dios no nos abandona; sale a nuestro encuentro para liberarnos y construir con nosotros un nuevo mundo de justicia y paz. En este tiempo de Adviento, nos preparamos para celebrar la llegada de Jesús a la historia de la humanidad. Por mucho que nos perturbe la oscuridad que envuelve al mundo, la presencia del Hijo de Dios en medio de nosotros nos asegura que la injusticia, la explotación, el sufrimiento y la muerte no son el fin inevitable de este camino que recorreremos. El mal no triunfará; la última palabra que la historia escuchará es la Palabra liberadora y salvadora de Dios. ¿Nos sostiene esta esperanza? ¿Damos al mundo y a la humanidad un testimonio de esperanza?

Mateo 24, 37-44

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Así como sucedió en tiempos de Noé, así también sucederá cuando venga el Hijo del hombre. Antes del diluvio, la gente comía, bebía y se casaba, hasta el día en que Noé entró en el arca. Y cuando menos lo esperaban, sobrevino el diluvio y se llevó a todos. Lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del hombre. Entonces, de dos hombres que estén en el campo, uno será llevado y el otro será dejado; de dos mujeres que estén juntas moliendo trigo, una será tomada y la otra dejada.

Velen, pues, y estén preparados, porque no saben qué día va a venir su Señor. Tengan por cierto que si un padre de familia supiera a qué hora va a venir el ladrón, estaría vigilando y no dejaría que se le metiera por un boquete en su casa. También ustedes estén preparados, porque a la hora que menos lo piensen, vendrá el Hijo del hombre". **Palabra del Señor.**

CONTEXTO

Los capítulos 24 y 25 del Evangelio según Mateo presentan el último gran discurso de Jesús antes de su pasión y muerte. Para componerlo, Mateo reelaboró el llamado "**discurso escatológico**" de Marcos (cf. Mc 13), ampliándolo y modificando sustancialmente el tema central: mientras que en el discurso de Marcos el tema principal son las señales que precederán a la destrucción de Jerusalén y el Templo; en el discurso reelaborado de Mateo el tema central es la venida del Hijo del Hombre y cómo los discípulos de Jesús deben prepararse para ella.

Este cambio de perspectiva se explica por la situación de la comunidad de Mateo a principios de la década de los ochenta del siglo I (época en la que se compuso el Evangelio de Mateo). Habían transcurrido diez años desde la destrucción de Jerusalén por las tropas de Tito, y la segunda venida de Jesús aún no se había producido. Los creyentes estaban desanimados, desilusionados y complacientes... Mateo vio con preocupación los signos de relajación, negligencia y apatía que aparecían por todas partes y sintió la necesidad de reavivar la fe, la pasión por Jesús y el Evangelio, y el compromiso con el Reino de Dios. En las palabras que Jesús dirigió a sus discípulos en Jerusalén, poco antes de su muerte, sobre el fin de los tiempos, Mateo encontró un mensaje estimulante, capaz de despertar a los cristianos y motivarlos a una vida más comprometida.

El lenguaje de estos capítulos es extraño y enigmático... Sin embargo, es un género frecuentemente utilizado por algunos grupos judíos y cristianos de la época de Jesús. Es un lenguaje «**apocalíptico**», porque su objetivo es «**revelar algo oculto**» («**apocaliptô**»). Dirigido a comunidades que viven en situaciones de sufrimiento, desesperación y persecución, el discurso apocalíptico busca animar a los creyentes, darles esperanza y mostrarles que la victoria final pertenecerá a Dios y a quienes sepan permanecer fieles hasta el final.

Unos días antes de su pasión y muerte, Jesús y sus discípulos habían salido del Templo de Jerusalén y se detuvieron a contemplar «**los edificios del Templo**» (Mt 24,1). En aquella época, continuaban las obras de ampliación y restauración del templo, iniciadas en el año 19 a. C. por el rey Herodes (no se completaron hasta alrededor del año 63 d. C.), que llenaban de admiración a todos los transeúntes. El

templo ocupaba una superficie de mil quinientos metros cuadrados, y las piedras utilizadas en la construcción alcanzaban los veinte metros de largo. Revestido de mármol blanco, el templo reflejaba los rayos del sol y brillaba como una joya preciosa. Las puertas tenían incrustaciones de oro, y en el interior se encontraban tapices del lino más fino en azul, escarlata y púrpura. Jesús comentó: "*¿Ven todo esto? Yo les aseguro: no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derruida*" (Mt 24,2). Entonces Jesús y sus discípulos cruzaron el valle de Cedrón y subieron al monte de los Olivos. Allí se sentaron un rato, descansando y contemplando la ciudad. Los discípulos, impresionados por el comentario de Jesús, le preguntaron: "*Dinos cuándo sucederá eso, y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo*" (Mt 24,3). El «discurso escatológico» sigue a esta petición.

El pasaje que la liturgia de este domingo nos invita a escuchar forma parte de la segunda sección del «discurso escatológico» (cf. Mt 24,36-25,46). Allí, Jesús se refiere, sobre todo, a cómo deben vivir sus discípulos mientras esperan la vida definitiva del Señor.

MENSAJE

Hay una verdad que siempre debe estar presente en el horizonte de los discípulos de Jesús: la segunda venida del Señor es segura. Esta convicción debe condicionar la forma en que los discípulos afrontan la vida.

¿Es posible saber el día y la hora en que esto ocurrirá? Jesús se niega a alinearse con predicciones de este tipo ("*Pero de ese día y de esa hora nadie sabe, ni siquiera los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre*" – Mateo 24:36). Además, más importante que saber el día y la hora exactos es prepararse para el encuentro con el Señor que viene. En este sentido, Jesús recomienda a los discípulos que permanezcan vigilantes y vivan con sentido de responsabilidad. Para asegurar que los discípulos sean plenamente conscientes de lo que está en juego, Jesús utiliza tres ejemplos muy expresivos.

El primero (v. 37-39) nos presenta el cuadro de la humanidad en tiempos de Noé (cf. Génesis 6-8). En aquel tiempo, los hombres vivían en una feliz inconsciencia, preocupados únicamente por aprovechar el momento y disfrutar la vida al máximo ("*Antes del diluvio, la gente comía, bebía y se casaba, hasta el día en que Noé entró en el arca*" – v. 38). Cuando llegó el diluvio, inesperadamente, los tomó por sorpresa (v. 39). Solo Noé y su familia estaban preparados: entraron en el "arca" que habían construido, salvaron sus vidas y se convirtieron en la semilla de una nueva humanidad. Si "disfrutar" la vida al máximo es la prioridad fundamental del hombre, corre el riesgo de perderse lo importante y de no cumplir su papel en el mundo. No estará preparado cuando el Señor venga a su encuentro.

La segunda (v. 40-41) nos presenta dos situaciones de la vida cotidiana: trabajar en el campo y moler trigo para hacer pan. Ambas pertenecen a los aspectos mundanos de la vida cotidiana. Es allí, en la rutina diaria, donde Jesús nos encontrará cuando venga a nuestro encuentro. ¿Estamos preparados para Él y para los desafíos que nos presenta? Atrapados en el ritmo trivial de nuestras tareas y compromisos diarios, corremos el riesgo de estrechar nuestros horizontes y perder de vista lo que da pleno sentido a nuestra existencia. A pesar de la monotonía, el cansancio, la complacencia, debemos permanecer vigilantes y atentos para reconocer al Señor que aparece de repente en nuestras vidas.

El tercero (v. 43-44) se refiere al caso de un hombre que, en lugar de permanecer vigilante, se queda dormido y deja su casa desprotegida. Si un ladrón aparece en mitad de la noche, el dueño de la casa no podrá impedirle que se apodere de los bienes guardados. "Quedarse dormido", descuidar la vigilancia, puede significar perder cosas verdaderamente importantes, incluso fracasar en la vida.

¿Cómo debemos vivir nosotros, quienes caminamos a través de la historia y enfrentamos cada día las vicisitudes, los reveses, las alegrías y las tristezas que la vida nos depara? Jesús responde: "Deben vivir atentos, vigilantes, preparados". Jesús no entra en detalles ni explica en qué consiste esta vigilancia y preparación; Pero los discípulos que le escuchan saben bien de qué les habla: deben vivir cumpliendo en cada momento, con compromiso y responsabilidad, el papel que Dios les ha confiado; deben mirar constantemente a su alrededor para detectar, escuchar y abrazar los desafíos siempre nuevos que Dios pone en su camino.

ACTUALIZACION

+ Los Evangelios registraron, de diversas maneras, una de las mayores preocupaciones de Jesús respecto a sus discípulos: que, con el tiempo, permitieran que su entusiasmo inicial se debilitara, perdieran la capacidad de sentirse interpelados por el Evangelio, se asentaran en una fe tibia y una religión rutinaria, se acomodaran en una "zona de confort" sin exigencias ni riesgos, y sucumbieran a la facilidad y la actitud de "laissez-faire" de la mayoría. Por eso, Jesús no se cansó de aconsejarles: "**Velen**", "**permanezcan despiertos**", "**estén siempre preparados**". Jesús tenía razón: el gran peligro que acecha es precisamente este conformismo y este letargo que nos roba la capacidad de ser "*sal de la tierra y luz del mundo*". El cansancio, la monotonía, la pereza y el conformismo debilitan nuestra determinación, nuestro compromiso, nuestra capacidad de dar testimonio profético y nuestra capacidad de participar en la construcción del Reino de Dios. Como discípulos de Jesús, enviados por él para anunciar y construir el Reino de Dios, ¿cómo nos sentimos: entusiastas y comprometidos, o complacientes y desanimados? ¿Seguimos atraídos por Jesús y su proyecto, o nos distraen asuntos secundarios? ¿Queremos seguir a Jesús y vivir a su estilo, o vivimos en paz y sin rendir cuentas, simplemente dejándonos llevar por la corriente?

+ "**Velar**" es, sobre todo, vivir atentos a Dios. Es buscar en todo momento escuchar su llamada, las interpelaciones que nos dirige, los desafíos que constantemente nos plantea; es encontrar tiempo y espacio para dialogar con Dios; es tratar de comprender su voluntad para nosotros y obedecer lo que nos pide; es no permitir que otros dioses se apoderen de nuestro corazón y de nuestra vida. "Velar" es no perder de vista a Jesús, esforzarnos por vivir a su estilo, seguirlo sin dudar por el camino del amor y el don de la vida; es insistir en ver la vida como Jesús la vio, mirar a nuestros hermanos y hermanas con los ojos de Jesús, comprender el mundo con la comprensión de Jesús. Se trata de nunca renunciar a soñar con Jesús el "sueño" del Reino de Dios y esforzarnos a cada instante por hacerlo realidad; se trata de dejarnos interpelar constantemente por el Evangelio, basando nuestra vida cotidiana en los valores que nos señala. ¿Es Dios, en todo momento, el centro de nuestra existencia? ¿Vivimos constantemente atentos al camino que Jesús nos muestra?

+ "**Velar**" también significa "mirar con ojos que ven" el mundo que nos rodea. Muchas veces vivimos en una alegre inconsciencia, anestesiados por nuestra comodidad y bienestar, aislados en nuestro pequeño mundo, sin percibir las realidades que nos rodean y sin preocuparnos por los problemas que afligen a nuestros hermanos. Nos centramos solo en nuestros intereses privados, en nuestras preocupaciones personales, en nuestros proyectos estrechos. Caminamos indiferentes ante el destino de los pobres, los abandonados, los "pequeños", aquellos cuyas voces nunca son escuchadas, aquellos a quienes los accidentes de la vida y la maldad de los hombres han dejado a un lado del camino. Para no cansarnos ni molestar-nos, preferimos ignorar todo lo que desfigura el mundo y trae sufrimiento a la vida de los hombres. ¿Aprobaría Jesús tal opción? ¿Podemos aislarnos de las realidades del mundo y del sufrimiento de nuestros hermanos como si no nos importara?

+ Hoy comenzamos nuestro camino de Adviento. Este no es un camino geográfico, sino espiritual. A lo largo de este camino nos preparamos para recibir al Señor que viene. En esta primera etapa del camino de Adviento, la palabra clave que nos propone la liturgia es «**velar**». No podemos seguir distraídos, perdiendo el tiempo en cosas sin valor, enterrándonos en el lodo de caminos que no llevan a ninguna parte, dejándonos enredar en intereses mezquinos e inútiles. Si insistimos en seguir mirando al suelo, probablemente pasaremos de largo al Señor que viene a nuestro encuentro sin reconocerlo ni acogerlo. Quizás sería buena idea hacer una lista de las cosas que nos impiden caminar, que nos roban la libertad, que no dejan espacio en nuestro corazón para el Señor que viene... ¿Nos comprometemos a hacer esta lista? ¿Eliminaremos de nuestra vida todo lo que nos impide caminar hacia Jesús?